



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

EFFECTOS DEL ABANDONO
TEMPRANO EN LA ESTRUCTURACIÓN
PSÍQUICA

Trabajo Final de Grado
Modalidad Monografía

Agresta, Camila
4.808.950-5

Montevideo, 28 de octubre del 2015
Tutora: Prof. Adj. Mag. Evelina Kahan

ÍNDICE

RESUMEN	p. 3
INTRODUCCIÓN	p. 4 - 5
MARCO TEÓRICO	
1. <i>ABANDONO.</i>	
1.1 Conceptualización del maltrato infantil.....	p. 6 - 7
1.2 Tipos de maltrato infantil.....	p. 7
1.3 Conceptualización del abandono.....	p. 7 - 9
1.4 Enfoques en torno al abandono.....	p. 9 - 11
2. <i>ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA</i>	
2.1 Primeros momentos de estructuración psíquica.....	p. 12 - 13
2.2 Nacimiento.....	p. 14 - 16
2.3 Teoría del apego.....	p. 16 - 18
2.4 El niño deviniendo como sujeto independiente.....	p. 18 - 21
3. <i>CONSECUENCIAS PSICOLÓGICAS DEL ABANDONO</i>	
3.1 Consecuencias a nivel general.....	p. 22 - 23
3.2 Falso self.....	p. 23 - 25
3.3 Complejo de la madre muerta.....	p. 25 - 27
3.4 Tendencia antisocial.....	p. 27 - 28
3.5 Otras consecuencias psicológicas.....	p. 28-29
CONSIDERACIONES FINALES	p. 30 - 31
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	p. 32 - 34

*"No son los más fuertes de la especie los que sobreviven,
ni los más inteligentes. Sobreviven los más flexibles y adaptados a los cambios"*

Charles Darwin, 1962

RESUMEN.

Este trabajo busca entender el abandono infantil y explicar algunas de las posibles consecuencias que puede generar. Para ello se toman desde el psicoanálisis, los aportes de distintos autores tales como Winnicott, Bowlby, Green, entre otros.

El entorno que rodea al niño juega un papel fundamental, ya que este está en proceso de crecimiento y maduración psíquica, de allí la importancia que tienen los adultos que cumplen la función materna y paterna.

Se muestra la importancia de la función materna ya desde la gestación, de las interacciones tempranas madre-bebé, brindándole las primeras experiencias de placer y displacer.

Así como el papel de la función paterna, que oficia como corte, permitiendo la separación de la díada madre-hijo, de forma que el niño logre constituirse como un otro independiente.

A partir de esto se piensa, cómo afecta la ausencia de uno de los progenitores en esta etapa vulnerable, donde se está construyendo el psiquismo infantil.

En este sentido, se plantean algunos efectos posibles del abandono tales como las tendencias antisociales, el desarrollo de un falso self, el complejo de la madre muerta, entre otros.

PALABRAS CLAVES: ABANDONO - ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA - EFECTOS DEL ABANDONO- NIÑEZ

INTRODUCCIÓN.

En el siguiente trabajo se realiza un recorrido teórico por distintos autores para comprender cómo incide la ausencia de figuras parentales en la estructuración psíquica de un niño, ya que las funciones materna y paterna son fundamentales, para que él mismo se constituya como sujeto de su propio deseo.

La inquietud por esta temática surge a partir intervenciones psicológicas con niños (ya sea como entrevistadora o participando de supervisiones), en algunos de los cuales se apreciaron situaciones de abandono y/o negligencia. Esto motivó el interés por conocer cómo impacta el abandono, ante tantos casos donde se veía la ausencia de alguno de los progenitores.

Debido a que el abandono es un tipo de maltrato infantil, se comenzará conceptualizando acerca de lo que se entiende como maltrato infantil, y las distintas formas en que se manifiesta. Se centraliza en el abandono infantil y conceptos relacionados, básicamente la negligencia.

Al finalizar dicho capítulo se reflexiona acerca de los distintos tipos de enfoques sobre el abandono: el *enfoque histórico- social y discursivo*, asociado al abandono en las instituciones; el *enfoque objetivista* vinculado a las necesidades básicas del niño y por último, el *enfoque subjetivista y del discurso*, el cual discute acerca de cómo influye el deseo de los padres por los hijos y cómo esta ausencia de deseo influye en el niño.

En un segundo capítulo se trabajará sobre cómo se estructura el psiquismo infantil, y la influencia del ambiente en dicho proceso. El mismo necesita de la presencia de un otro, como son la función materna y paterna para lograr constituirse como un sujeto. Se cree importante aclarar que por madre y padre se entiende a las personas que llevan a cabo la crianza de los niños, cumpliendo con una función materna y paterna, y no vinculándola al sexo de ambas figuras.

Por ello, en este apartado se desarrolla cómo influyen la función parental en los diferentes momentos de la vida de un niño. Para hablar de esto, se cree pertinente trabajar acerca de los conceptos planteados por Winnicott, como *verdadero self*, *preocupación materna primaria*. Así como también la teoría del *apego* planteada por Bowlby y el concepto de *reverie* de Bion.

Para concluir con este trabajo, se plantean algunas consecuencias del abandono temprano que se pueden desarrollar, teniendo en cuenta la singularidad de cada situación ya que existen muchas situaciones complejas. Dentro de las consecuencias

psicológicas, la mayoría de las veces, se pueden ver dificultades a nivel afectivo. En otras, el niño emplea mecanismos de defensa ante la angustia que le ocasiona, y pone en marcha un falso self para proteger a su verdadero self, ya que su madre, no le brindó el gesto espontáneo. También, cuando la madre a causa de alguna pérdida, no logra interesarse por su hijo, de manera que está viva, pero muerta para los ojos de su hijo, lo que Green (1980) denomina el *Complejo de la madre muerta*. Y por último, se desarrolla la tendencia antisocial, la cual puede aparecer ante la deprivación, y el sentimiento de destrucción ante la ausencia del Otro (*depresión psicótica*), cuando aún el niño no creó imágenes, ambos conceptos trabajados por Winnicott.

MARCO TEÓRICO.

1. ABANDONO.

1.1 Conceptualización del maltrato infantil.

A la hora de pensar el abandono se hace necesario enmarcarlo como una forma de maltrato infantil. Se entiende al maltrato como una problemática social compleja, estudiada desde diversas perspectivas y varios autores.

Se denomina maltrato infantil a la acción u omisión por parte de los padres o de quien esté a cargo de un niño dentro de su hogar, de esta forma se está otorgándole la responsabilidad y la culpa a los padres (Moreno, J.M., 2001). Esta conducta no es accidental por parte de los adultos responsables y genera problemas a nivel físico y psicológico en el chico (Arredondo, V., Knaak, M., Lira G., Silva, A. & Zamora, I., 1998).

Continuando con esta idea, Martínez & de Paúl (citado en Arredondo et al., 1998) lo conceptualizan como

Las lesiones físicas o psicológicas no accidentales ocasionadas por los responsables del desarrollo, que son consecuencia de acciones físicas, emocionales o sexuales, de comisión u omisión y que amenazan el desarrollo físico, psicológico y emocional considerado como normal para el niño (p.19).

A su vez, hay definiciones que adjudican la responsabilidad a grupos de entidades e instituciones la satisfacción de las necesidades que son básicas para los niños (alimentación, higiene personal, vestimenta, entre otras). Esta definición le quita la responsabilidad al adulto que está a cargo del chico, recayendo de esta manera en la sociedad (Moreno, 2001).

Por otra parte, Moreno (2001) citando a la Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas de 1989, denomina al maltrato infantil como una “forma de violencia, perjuicio o abuso físico o mental, descuido o trato negligente, malos tratos o explotación mientras que el niño se encuentra bajo custodia de sus padres, de un tutor o de cualquier otra persona que le tenga a su cargo” (p.26).

UNICEF (citado en Arredondo et al., 1998) la define como:

Niños que sufren ocasional o habitualmente actos de violencia física, sexual o emocional, sea en el grupo familiar o en el entorno social. El maltrato puede ser

ejecutado por omisión, supresión o transgresión de los derechos individuales y colectivos e incluye el abandono completo y parcial (p.19).

Por su parte, el Comité Intersectorial de Maltrato infantil (citado en Arredondo et al., 1998) lo entiende como “una condición evitable que perjudica el bienestar psicosocial del niño y del adolescente que puede ser atribuida a la acción u omisión de personas, instituciones u otros” (p.20)

1.2 Tipos de maltrato infantil.

El maltrato infantil se puede manifestar en la forma de: abuso físico, sexual, emocional, abandono físico, abandono emocional y por ser testigos de violencia (Arredondo et al., 1998).

Una de las clasificaciones categoriza los tipos de maltratos según el ámbito en el que ocurre: maltrato intrafamiliar y maltrato extrafamiliar (Arredondo et al., 1998).

Cuando el maltrato ocurre dentro del ámbito familiar en el que se desarrolla el niño, el agresor puede ser cualquier miembro de la familia con el que vive el chico. Puede aparecer como negligencia, abandono físico y/o emocional, sexual y Síndrome de Münchhausen por poderes (Arredondo et al., 1998, 1998).

En tanto, el maltrato extrafamiliar, puede ser ejercido a un solo niño o en grupo. Dicho maltrato puede manifestarse como maltrato institucional (escolar, sanitario, jurídico), explotación laboral, abuso sexual, entre otros (Arredondo et al., 1998).

También se pueden distinguir dependiendo de si las conductas maltratadoras se realizan por acción (los abusos y maltratos) o por omisión (abandono o negligencia) y a su vez si el daño es a nivel físico o emocional (Arredondo et al., 1998).

De acuerdo a la temática que concierne, se va a desarrollar el abandono, ya sea físico y/o emocional.

1.3 Conceptualización del abandono.

Se considera importante exponer, qué se entiende por abandono en este trabajo dado que, éste impacta generando marcas en el niño, a causa de que durante este momento la psiquis del niño se está construyendo.

a. Abandono físico y abandono emocional

Arredondo et al. (1998) entienden al abandono físico o negligencia como lo denominan Martínez & de Paúl, (1993) son “aquellas actuaciones inconvenientes por parte de los responsables del cuidado y educación del niño, ante sus necesidades

físicas, sociales, psicológicas e intelectuales, incluyendo también una falta de previsión del futuro” (p. 22).

Arruabarrena, J. (1999) estableció algunos indicadores que pueden verse en el niño por la presencia de abandono físico. Estos están relacionados con las necesidades básicas: en la alimentación, cuando el niño está hambriento (poca comida, en mal estado o no es acorde al momento evolutivo que vive el niño), la inadecuada vestimenta de acuerdo a la temperatura, la permanente suciedad y poca higiene corporal, la ausencia de consultas médicas, la falta de vigilancia durante varias horas (generando accidentes domésticos), entre otras. Así como también la conducta social (pasivos, complacidos) así como en la escolar, trastornos en la alimentación, pérdida de contacto con la realidad, entre otras (Arruabarrena & de Paúl, citado en Moreno, 2001).

Deben darse al menos uno de estos indicadores, y de forma repetitiva y prolongada. A su vez se tiene que tener en cuenta la edad del niño cuando aparece dicha situación, la intensidad, duración y la resistencia que presente el chico.

Moreno (2001) habla del abandono emocional y del maltrato emocional como formas de maltrato, que son difíciles al momento de detectar. Explica que en la actualidad, muchos autores toman estos conceptos unidos, o lo consideran abuso emocional.

Sin embargo, Arruabarrena & de Paúl (citado en Moreno, 2001) entienden al maltrato emocional como la acción caracterizada por “la hostilidad verbal crónica en forma de insulto, desprecio, crítica o amenaza de abandono y constante bloqueo de las iniciativas de interacción infantiles (...) por parte de cualquier miembro adulto del grupo familiar” (p.42).

En este trabajo se considera adecuada la concepción de abandono emocional por separado del maltrato emocional. Ya que al abandono emocional lo conceptualizan como la omisión permanente “de respuesta a las señales (llanto, sonrisa,...), expresiones emocionales y conductas procuradoras de proximidad e interacción iniciadas por el niño y la falta de iniciativa de interacción y contacto por parte de una figura adulta estable” (Arruabarrena & de Paúl, citado en Moreno, 2001, p.42). De esta forma se ve claramente que el abandono se caracteriza por la omisión de la conducta y el maltrato emocional por la acción que castiga emocionalmente a la víctima.

b. Conceptos relacionados con el Abandono infantil

A su vez hay una discusión acerca de si el abandono y la negligencia son lo mismo o se diferencian en algún aspecto.

Para Sanín, A. (2013) el abandono y la negligencia se consideran maltrato infantil, ya que por parte de los responsables del niño hay una falta de protección y de atención mínima, como son el brindar alimentos, agua, vestimenta, atención en la salud, etc. Por lo tanto, se entiende que no hay una diferencia entre lo que es abandono y negligencia.

Sin embargo, Arruabarrena (1999) expresa que la negligencia es diferente, ya que se da por omisión de la satisfacción de las necesidades del niño por parte del adulto responsable. En este caso los padres con bajo poder adquisitivo serían negligentes por no tener los recursos para brindar estas satisfacciones. Por ello se encuentra apropiada la definición que da Rochet (citado en Sanín, 2013), quien distingue ambos conceptos, ya que piensa que la negligencia se da cuando el que cuida al niño, teniendo la oportunidad de brindar las necesidades básicas, no cumple con ello.

Sanín (2013) habla de la negligencia a nivel socio-emocional, vinculando ésta a lo afectivo, a la falta de atención y de interacción. Por lo tanto habría una vigilancia deficiente, descuido, lo que es perjudicial para el desarrollo del niño.

En cambio, el abandono es “la potencialización aversiva de todo lo anterior que culmina en el desapego físico y espacial” (Sanín, 2013, p.94). Rivas (citado en Sanín, 2013) a esta definición agrega que para que sea abandono, el cuidador tiene que estar ausente, aunque vivan en el mismo hogar o cuando el niño entra en una institución para ser cuidado.

A su vez, el abandono físico es una situación que se da por decisión propia, a partir de determinados valores sociales y culturales de cada entorno (Moreno, 2001).

En los últimos tiempos ha comenzado a utilizarse el desamparo vinculado también a la negligencia y al abandono, ya que se relaciona a daños físicos y psicológicos, a la ausencia de cuidados (Añaños, citado en Sanín, 2013). Siendo el desamparo más amplio que el abandono, dado que también incluye a niños que se encuentran privados por diferentes motivos, ya sea por ausencia de sus padres biológicos, situaciones vinculadas a lo social, ambiental, político, etc (por ejemplo guerras, desastres ambientales, tráfico infantil) y también cuando hay violación de sus derechos, donde se incluiría la negligencia (Aldeas infantiles SOS, citado en Sanín, 2013).

1.4 Enfoques en torno al abandono.

Sanín (2013) en su artículo “Abandono infantil: un estado en cuestión” explica que dentro de las investigaciones realizadas vinculadas al abandono se pueden distinguir tres enfoques o perspectivas.

1. Enfoque histórico- social y discursivo

Con respecto a este primer enfoque, se ha estudiado que las primeras instituciones que resguardaban a niños abandonados, surgieron por causas religiosas. Luego comenzaron a haber varias muertes de niños, ya que para las familias eran un estorbo o mal visto por uniones incestuosas e ilegítimas, y pasó a ser el objetivo de la beneficencia estatal. Se manifiesta que desde las colonias se daban casos de maltrato infantil. Se pudo ver que los niños que eran más abandonados sufrían alguna discapacidad, y a su vez pertenecían a la clase social alta, en cambio en la clase baja estos eran asesinados (Sanín, 2013).

2. Enfoque objetivista

Este enfoque conceptualiza al abandono como el tipo de maltrato, donde las necesidades básicas del chico (como son la alimentación, salud, vestimenta y vivienda, entre otras) no son tenidas en cuenta, ni de forma continua ni momentánea, por la persona que lleva a cabo su crianza (Moreno, citado en Sanín, 2013).

A su vez se distingue el abandono que es total o la negligencia parcial, siendo la primera cuando el cuidador no cumple con sus responsabilidades parentales y la negligencia parcial cuando estas son escasas (Sanín, 2013).

Dentro del abandono pueden haber distintos tipos, ya sea el moral, material, físico o emocional. El moral está relacionado con la ausencia de educación, por ejemplo en la formación intelectual o de carácter, vigilancia y puesta de límites. El material es el que tiene que ver con las necesidades básicas del niño como son la alimentación, vestimenta, vivienda. El abandono físico, tiene que ver con la ausencia presencial del cuidador, en éste está en juego la red de apoyo social de la familia, se puede ver que el niño se ve afectado debido a conflictos en la relación de los cuidadores o nulas relaciones sociales de estos para con ellos. Por último, el abandono emocional es la carencia de respuesta ante las señales del niño, sean expresiones emocionales o el no establecer un vínculo, interacción (Sanín, 2013).

Parece ser que los padres de niños abandonados que tienen pautas de crianza negligentes, dejan a sus hijos a cargo de otros familiares como hermanos, vecinos o instituciones, lo cual genera una confusión en los roles de los miembros familiares (Sanín, 2013).

Algunos estudios concluyen que la dependencia al alcohol de los padres incide en la probabilidad de un abandono temprano por su parte, así como también embarazos indeseados (Sanín, 2013). A su vez Añanos & Pineda (2002, citados por Sanín, 2013)

afirman que la falta de estabilidad emocional, las toxicomanía y las enfermedades físicas o mentales también influyen en la probabilidad de abandono de sus hijos.

3. Enfoque subjetivista y del discurso

Por otro lado, el abandono infantil pensado desde una orientación psicoanalítica, considera importante el aspecto psíquico, debido a que interviene la subjetividad de los padres y la del niño. Dado que el cuidado de estos “implica que este niño tenga un lugar en el deseo de los padres, el cual no siempre es consciente y está en relación con su propia historia como hijo o hija, hombre o mujer” (Sanín, 2013, p.114).

López y Prieto (citado en Sanín, 2013) consideran al abandono infantil como un fenómeno donde el deseo de los padres por su hijo no está presente, aunque estos puedan satisfacer sus necesidades. Al ocurrir el abandono en el momento de la estructuración subjetiva del niño, los autores consideran que este va más allá del maltrato infantil y como efecto producirá que estos niños, sean más susceptibles frente a cualquier forma de maltrato o abuso. Asimismo, esta situación trae como consecuencia fallas en la simbolización, impidiendo la posibilidad de significar las prohibiciones. O sea, causa una *depravación significativa* lo que conlleva a que los niños no puedan apropiarse de su cuerpo, tengan dificultades para simbolizar mediante el juego, sin llegar a una psicosis.

2. ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA.

Para desarrollar las consecuencias del abandono infantil es necesario dar a conocer cómo se construye la psiquis de un niño. Este trabajo se basa en la concepción de niño manejada por la Convención sobre los Derechos del Niño (1988), la cual “entiende por niño todo ser humano menor de dieciocho años de edad, salvo que, en virtud de la ley que le sea aplicable, haya alcanzado antes la mayoría de edad.” (p.2).

En este proceso de estructuración psíquica es muy importante el rol que juegan los padres, ya que como se manifiesta en la Declaración de los Derechos del Niño, este “por su falta de madurez física y mental, necesita protección y cuidado especiales, incluso la debida protección legal, tanto antes como después del nacimiento” (Convención de los Derechos del Niño, 1988, p.1). Así como también “reconociendo que el niño, para el pleno y armonioso desarrollo de su personalidad, debe crecer en el seno de la familia, en un ambiente de felicidad, amor y comprensión” (Convención de los Derechos del Niño, 1988, p.1).

No existe un bebé sin su madre, que le de los cuidados que necesita, ya que el self se construye en un vínculo con el otro, en el encuentro con el otro (Grive, citado en Krecl, V., 2011).

2.1 Primeros momentos de estructuración psíquica.

Zimerman, A. (1999) tomando a Freud (1926) explica que “la primera vivencia de angustia y en consecuencia la fuente y el modelo del afecto de angustia” (p.925) es el nacimiento. Por lo que, algo de lo que se pierde al nacer se recupera en el momento que se da el primer contacto de la madre con el hijo.

Desde los cuatro meses y medio de embarazo, este tiene una sensorialidad dada por medio de su madre, como son los sonidos, olores, ritmos cardíacos. Estudios han demostrado que los bebés adquieren una base estructural que le permite desarrollar capacidades sensoriales, cognitivas y de aprendizaje debido a la interacción con su madre, dando lugar a las primeras vivencias de placer y displacer en la vida intrauterina. También influye la alimentación que ingiere su madre, las drogas que consume, las sustancias hormonales que se dan con sus estados emocionales. Esto sucede ya que influyen en la formación de la placenta (se modifica el líquido amniótico, que ingiere el feto constantemente desde los tres a los seis meses) y por lo tanto llegan a su hijo gestado muchas veces como estímulos dolorosos que pueden generar una intensa retracción o la muerte (Zimerman, 1999).

Cuando el bebé es separado (por ejemplo por un abandono) de manera brusca y dura de su madre, pierde el mundo sensorialmente conocido, y pasa a estar en presencia de un mundo hostil, ajeno a este. A partir de la separación corporal, el bebé vive una experiencia desintegradora y desestructurante, siente que pierde una parte de su propio cuerpo ya que para este y su madre, ambos son uno (Zimerman, 1999).

Freud (citado en Zimerman, 1999) al hablar del aparato psíquico dice que el mismo tiene un polo sensorial, que recibe las percepciones y otro polo motor, que permite la motilidad. Estas percepciones cuando son captadas por el sujeto quedan como una huella mnémica, a la cual está asociada la función memoria. La percepción recibida es recepcionada por la parte sensorial del aparato psíquico, pero esta no la conserva, sino que asociada a un segundo sistema, crea una huella permanente. Estos recuerdos son inconscientes, pero se pueden volver conscientes. Sin embargo, es en el estado inconsciente que generan efectos. “Lo que llamamos nuestro carácter se basa en las huellas mnémicas de nuestras impresiones; y por cierto las que nos produjeron un efecto más fuerte, las de nuestra primera juventud, son las que casi nunca devienen conscientes” (p. 933).

Sin embargo, Aulagnier (citado en Zimerman, 1999) tomando a Freud, desarrolla lo que denomina “lo inaprehensible del tiempo físico”. Explica que hay un momento de la vida somato-psíquica que no se puede recordar debido a que la memoria depende de las huellas mnémicas marcadas por representaciones ideicas. Sin embargo piensa que a través del cuerpo puede quedar un registro de esos sucesos que no pudieron ser registrados como huellas mnémicas, como son, por ejemplo las cicatrices (tal vez el niño no recuerde que le sucedió pero mediante la marca en su cuerpo supo que algo paso). Zimerman (1999) piensa que este concepto también se da durante la vida intrauterina. Ya que piensa que durante el periodo de gestación se producen intercambios biológicos y emocionales que marcan los primeros encuentros entre la madre y su hijo.

Continuando con esta idea Klein, M. (1936) expresa, Los sentimientos y fantasías infantiles dejan sus huellas en la mente, huellas que no desaparecen sino que se almacenan, permanecen activas y ejercen una continua poderosa influencia sobre la vida emocional e intelectual del individuo adulto. Los tempranos sentimientos se experimentan en relación a estímulos externos e internos. La primera satisfacción que el niño tiene proviene del mundo externo y consiste en ser alimentado (p. 296).

2.2 Nacimiento.

A partir del nacimiento según Ulriksen de Viñar, M. (2005), el bebé se encuentra en un estado de desamparo y dependencia absoluta, ya que por su fragilidad su entorno está supeditado a lo que el bebé no puede hacer por sus propios medios y le es necesario. Por lo que la madre (o quien cumpla el rol de cuidador) se dedica por completo al niño, quedando ella relegada para hacer lo que el bebé necesita.

De esta forma la madre siente que su hijo es una prolongación imaginaria, lo que lleva a que este no distinga que su madre es otra persona, o sea no posee el no-yo, por lo que no existe un yo. El self del infante sólo existe en potencia, ya que no se ha formado pero los recuerdos y las expectativas van quedando registrados para luego formar parte cuando se haya desarrollado (Winnicott, D., 1995).

Winnicott (citado en Altmann de Litvan, 2005) manifiesta que la madre en un principio es la que oficia como medio ambiente, la cual a su vez necesitará de un apoyo (ya sea del padre o de otro miembro familiar). Estas se dan en el contexto de lo que se denomina **preocupación materna primaria**. El niño para desarrollarse, necesita de este estado de sensibilidad, al cual debe llegar la madre, durante el embarazo y hacia el final de este, para después recuperarse. Es la actitud materna que consiste en desprenderse de sus intereses personales y dirigirlos a su hijo. Por lo cual ella sería únicamente la que tendría la capacidad de reconocer qué le sucede al niño, satisfaciendo primero las necesidades físicas y luego las del yo (Winnicott, D., 1956).

La madre va adquiriendo lentamente una identificación con su hijo. En un principio, la misma atiende las necesidades de su bebé cuando está embarazada a través de su propio cuerpo, y luego continua en el nacimiento satisfaciéndolo, pero mediante otros medios (Zimerman, 1999). La preocupación materna primaria se supera a través del destete.

Para ello es necesario aclarar que para el bebé, el pecho de la madre es el objeto de sus fantasías. Es el que recibe el odio y agresión por parte del niño ante los estímulos displacenteros y de frustración, *pecho malo*, y por otro lado el que lo satisface, *pecho bueno*. De esta forma ve objetos parciales. Por lo tanto, durante este periodo, para el bebé, el mundo consiste en lo que es bueno y en lo que es malo (Klein, 1936).

Luego, en los primeros meses de vida, el recién nacido comienza a notar a los otros como *personas totales*, por lo que lentamente comienza a unir las partes del cuerpo de forma que unifican a una persona. A partir de esto, experimenta sentimientos de amor y de destrucción hacia la madre, ya que a través de las fantasías que le brinda el

pecho por momentos es buena y por momentos mala. A su vez comienza a sentir que si el pecho no está, lo ha perdido, y por lo tanto también a su madre amada, percibiendo culpa de haberla destruido (Klein, 1936).

El destete entonces intensifica estos sentimientos de temor y frustración ante la pérdida del pecho, o sea de su madre, por las fantasías que conlleva (Klein, 1936).

Continuando con la preocupación materna primaria, esta depende de la salud mental de la madre así como también del ambiente. Existen aspectos que pueden estar afectando este estado de sensibilidad, cuando la madre no logra despojarse de sus intereses personales y por lo tanto no está dedicada plenamente a su hijo, o cuando la madre está excesivamente preocupada por el bebé, teniendo una preocupación patológica. En esta última, se daría una excesiva identificación con el mismo. Por lo que para destetar no logra realizarlo o no lo hace de forma gradual, siendo brusco para el niño (Winnicott, D., 1995).

La madre que logra llegar a el estado de preocupación materna primaria dará lugar a que el niño se desarrolle con movimientos y gestos espontáneos (Winnicott, 1956).

Este concepto anteriormente planteado (preocupación maternal primaria) está estrechamente relacionado con el de **verdadero self**. El mismo se da gracias al sostén de esa madre. Comienza a formarse a partir de la relación especial que tiene el bebé con su madre, ya que la misma a causa de la identificación con su hijo sabe cómo debe sostenerlo, de forma que empiece existiendo y no reaccionando. El niño adquiere aspectos de la realidad producto de las repetidas satisfacciones de la madre al gesto espontáneo del mismo. En ese sentido, Winnicott, D. (1993) distingue a la madre suficientemente buena, la cual es la que de forma reiterada le brinda satisfacción a la omnipotencia del infante y le da sentido. De manera que el niño se siente real y creativo. En este caso al estar sincronizados la madre con el niño, se le da el apoyo para que el niño pueda desarrollar en un futuro un yo fuerte, por lo que tempranamente logra organizar defensas y desplegar aspectos personales. Por otro lado, plantea el concepto de la madre, que no es suficientemente buena, esta no logra captar las necesidades del bebé, no satisfaciendo la omnipotencia de este, fallando varias veces (Winnicott, 1995).

Continuando con esta idea Rotenberg, E. (2014) plantea a la formación del Yo como un proceso de integración, siendo necesaria la interdependencia con el otro. Para Winnicott y Aulagnier (citado en Rotenberg, 2014) el bebé cuando nace tiene sensaciones, sentidos, pero es gracias al otro, que genera las percepciones del bebé. Ambos padres tienen que entender las necesidades del bebé a partir de una

identificación empática, ya que cuando la necesidad del bebé es la misma que le brindó alguno de sus padres, este va construyendo su Yo de un manera integrada y coherente. En cambio, cuando esto no sucede, el bebé permanece en un estado confusional, no logrando integrar sus sensaciones de lo que sus padres le brindan. Creándose una distorsión entre la percepción, la realidad y el deseo de la madre. “El otro aparecería fundando las propias percepciones, desde una intrusión que doblega las percepciones propias del infans, pudiendo modificar la constitución intrapsíquica” (Rotenberg, 2014, p.44). Para que esto no acontezca, los padres deben reconocer a su hijo como distinto a ellos.

Algunos de estos conceptos son tratados de otro punto de vista en la teoría del apego desarrollada por Bowlby, J (1986). Los vínculos de apego que se den son importantes para la construcción de la personalidad y la formación de otros vínculos.

2.3 Teoría del apego.

La teoría del apego surge luego de la Segunda Guerra Mundial, a causa de un estudio realizado sobre los niños abandonados o sin hogar luego de esta guerra. Bowlby, (1986) estudia los efectos en la salud psíquica del niño producto de la relación afectiva de la madre con el hijo. Dicho autor manifiesta que el apego del recién nacido se debe a la necesidad de satisfacer el hambre y los impulsos libidinosos, denominándolo apego egoísta.

Desde el nacimiento el bebé necesita de un cuidador para desarrollarse social y emocionalmente. El rol del cuidador es complementario a la conducta de apego, este consiste en estar disponible para cuando el niño lo necesite y también satisfacer sus necesidades. Por lo tanto cómo lo desempeñan los padres el apego incide en la salud mental (y física) del niño que es cuidado y determinará la capacidad para establecer vínculos (Bowlby, 1986).

La manera en que respondan los padres ante las conductas de su hijo, genera patrones de apego y modelos internos, que permiten que el niño oriente su pensamiento, percepciones y emociones, dándole a su vez, seguridad. A partir de esta relación de seguridad, el chico se va a animar a realizar nuevos actos, como por ejemplo, gatear y caminar. Por lo que estas conductas de apego se mantienen cuando se pasa por una situación estresante o dificultosa, buscando la figura de apego para ser contenido y protegido, situación que se mantiene en niños mayores y adultos (Bowlby, 1986).

Ainsworth (citado en Bleichmar, 2005) ha estudiado la respuesta del niño ante separaciones cortas con su madre, según la intensidad de la angustia y el

comportamiento que tiene al reencontrarse con la misma. A partir de esto sistematizó dos categorías: apego seguro y apego inseguro. El apego seguro es el que presentan la mayoría de los niños de un año, la mayor parte de ellos están más predispuestos a ser socialmente competentes que los que son inseguros, ya que la sociabilidad favorece el estado emocional y afectivo, el desarrollo intelectual y la formación de la identidad (Bowlby, 1986).

Mientras que el apego inseguro, tiene que ver con la reacción de la figura de apego (ignora, rechaza o castiga) cuando al niño se le presenta una situación amenazante. Patrones de apego inseguro pueden provocar en adultos baja autoestima y autoconfianza. A su vez este tipo de apego, se subdivide en apego evitativo, ambivalente/resistente y el apego desorganizado/desorientado (Bleichmar, 2005).

El apego evitativo se puede ver cuando el niño frente a la ausencia de su madre no se angustia. Esto se da como una manera defensiva para evitar el sufrimiento cuando se produce la separación, desplazando estos sentimientos que le genera a otros objetos (Bleichmar, 2005).

El apego ambivalente o resistente se presenta cuando se dan manifestaciones de sufrimiento, inquietud frente a bajos estímulos estresantes, fallando al momento de aproximarse a la figura de apego. En los momentos que el niño está con la madre se pueden producir momentos de contacto a través de conductas resistentes, rabia, aunque también pueden mantenerse de forma pasiva y sufriendo sin establecer contacto (Bleichmar, 2005).

Por último, el apego desorganizado o desorientado es frecuente cuando las figuras de apego responden de manera atemorizante y agresiva al momento de aproximación del niño. Sin embargo, a pesar de esto el niño puede acercarse a la figura de apego (que le atemoriza), por lo que no consiguen la búsqueda de ayuda correcta ni la contención, de esta manera se va potenciando la experiencia de miedo. Este puede ser considerado como un factor de riesgo para enfrentar el trauma con mecanismos de disociación y fragmentación. Por lo anteriormente mencionado, se puede decir que en este tipo de apego se ve dificultosa la integración del self, al ser estas representaciones contradictorias e incompatibles (Bleichmar, 2005).

A veces las acciones de las figuras de apego pueden ser patógenas, como por ejemplo, el no responder a las necesidades del niño, y/o lo descuiden o rechacen, así como también la discontinuidad de la asistencia por parte de los padres. También hacer que el niño se sienta culpable por su comportamiento o que éste es el que tiene la responsabilidad de alguna enfermedad padecida por los padres o por su muerte. Incluso amenazas de diferentes modos: que no los aman para controlarlo; que lo van a

abandonar, para ejercer disciplina; o que se quieren matar o suicidarse (Bowlby, 1986).

Cuando la figura de apego no está para el niño, aparecen la ansiedad, el miedo de ser abandonado y la angustia de separación. En el caso de los recién nacidos si se produce una separación física puede traer como efecto ansiedad, rabia, tristeza y desesperación (Bowlby, 1986).

Situaciones de maltrato o de abuso realizadas por adultos mientras se va desarrollando el apego puede reactivar varias ideas. Una de ellas es la de merecer esos abusos ya que el niño se sentiría como el malo, perseguidor; también puede posicionarse en el lugar de víctima, o el de héroe, creyendo que tiene que perdonar al que lo maltrata (Bleichmar, 2005).

2.4 El niño deviniendo como sujeto independiente.

Para que se pueda desarrollar el psiquismo, el Yo se tiene que haber constituido como instancia, a partir del reconocimiento de "los otros en nosotros", para lograr hacer consciente lo inconsciente (Rotenberg, 2014). Constituye ese Otro/otros, ese Otro de la cultura, que necesita el bebé al nacer, ya que el mismo se encuentra indefenso, teniendo el potencial de tener recursos propios para el desarrollo subjetivo (Rotenberg, 2014).

Debido a la importancia de los padres, hay que tener en cuenta lo que es la parentalidad para Rotenberg (2014),

es un estado de disposición afectiva básica, suficientemente buena como para que el infans encuentre un "alguien" con quien desarrollar su necesidad de apego, pero, también, que le permita que se lleve a cabo la necesidad de separación y de ser uno mismo (p.40).

El niño se constituye como sujeto de su propio deseo cuando la función parental le devuelve la mirada desde el deseo e imaginario del bebé, a partir del reconocimiento de este como un otro, dueño de pulsiones, de necesidades y deseos. Para reconocer al otro, los padres deben haber vivenciado interdependencias sanas, contando con recursos propios genuinos y también haber atravesado la castración. O sea, el bebé ve en el que cumple la función parental, como este lo ve y no lo que está proyectando el bebé. La mirada entre madre o padre, y el hijo establece la interdependencia emocional, la cual puede ser sana o enferma (Rotenberg, 2014).

A su vez, como manifiesta Marcelli (citado en Ulriksen de Viñar, 2005) las repetidas ausencias y presencias generan que el bebé pueda pensar que lo que ha sentido y ha desaparecido puede volver. Esto resulta fundamental para que el niño se construya

como sujeto, que la madre tenga una capacidad de anticipación, dejando un espacio de vacío, de espera y de confianza para que su hijo pueda pararse desde una posición singular y única, otorgándole así el lugar como otro. A través de los *fenómenos transicionales*

irá transcurriendo ese difícil paso que es la aceptación de la realidad, estableciendo límites entre el sí mismo y el otro, creándose en ese momento los espacios de la realidad interior (mundo interno), el transicional (el del juego y la riqueza de la cultura) y el de la realidad exterior, que en la salud mantendrán una fluida relación entre ellos, permeable para nuevas experiencias (Krecl, 2011, p.49).

Sin embargo algunas madres no logran diferenciar que el niño tiene respuesta, movimientos, gestos, miradas que son propias de él. Esto puede darse cuando la madre se encuentra en estado de vulnerabilidad, deprimida o traumatizada, o sea en situación de desamparo, por lo que no puede dar respuesta a las necesidades de su hijo. Lo que puede generar patologías en el niño como trastornos profundos del desarrollo, apatía, retraimiento o inquietud (Ulriksen de Viñar, 2005).

Alrededor de los seis meses entra en juego el *estadio del espejo*, aquí el niño ve en la mirada de su madre, una imagen de sí mismo como un sujeto diferente a ésta. Cuando se ve en el espejo y se mueve, busca la mirada de su madre para que esta le corrobore la imagen que ve. De esta manera incorpora al otro, al tercero, que le permite el reconocimiento (Ulriksen de Viñar, 2005).

Este también demanda una atención de la madre cuando se queja, llora, ya que ahí no sólo le está manifestando que necesita de algo, sino también le está pidiendo que lo mire, que se comunique con él a través de la palabra o de una atención (Ulriksen de Viñar, 2005).

Por lo tanto,

desde el inicio la madre le habla al bebe, lo nombra, lo califica, le adjudica sentidos, valores, cualidades, afectos. Esta relación madre-niño está presente en el discurso del padre, de la familia, lo que sugiere que el tercero simbólico y social ya está presente y vendrá a obstaculizar esta relación a dos. En los primeros vínculos el tercero tiende a ser excluido. La "evolución de las relaciones madre-niño es una evolución de esta exclusión inicial" (Berges, citado en Ulriksen de Viñar, 2005, p.343).

De esta manera entra en juego el papel del padre, marcando la presencia de un tercero. El cual no sólo es carnal sino que también representa la ley a través de la

palabra de la madre. Para esto es importante que, la madre habilite a que el niño pueda ser escuchado por su padre (Ulriksen de Viñar, 2005). O sea que la función del padre es cortar, separa a la madre del bebé, lo que desata la omnipotencia infantil y materna, y a la vez reconoce y marca la prohibición generando un sujeto singular.

De acuerdo a las ideas planteadas anteriormente es necesario aclarar que según Rotenberg (2014) la *función materna y paterna* son funciones complejas que se encargan de dar: el sostén del ser y la función de separación. Estas funciones no necesariamente se vinculan con el sexo biológico, ya que cada sujeto tiene aspectos maternos y paternos. Las cuales pueden ser *alternadas, compartidas o fijas*. Estas funciones no tienen que ser desempeñadas específicamente por los padres biológicos, sino que las cumplen las personas que se encargan de la crianza de los niños.

La función parental es necesaria para la formación psíquica ya que cuando se generan fallas y/o déficit en esta función afecta a los hijos. En el caso de que estas sean tempranas incide en la estructuración como sujeto deseante (Rotenberg, 2014).

Bion, W.R. (citado en Altmann de Litvan, 2008), a la función materna la trabaja desde lo que denomina **reverie**, esta

constituye no sólo la contención de sentimientos del bebé, sino también la metabolización (función alfa) de las ansiedades y emociones del niño. La madre debe pensar en “cómo piensa el niño” para ayudarlo a “pensar sobre sí mismo”. La madre, como su “reverie” ordena el caos de sentimientos y emociones del niño, y se los devuelve re-ordenado (p.416).

Cuando el lactante es alimentado por su madre a través del pecho, además de nutrirse, se le brinda sensaciones de seguridad, calor, bienestar y amor. La leche como tal, es una sustancia material, la que es metabolizada por el tracto digestivo. En cambio, con respecto a lo sentimental, Bion (1975) se pregunta “¿qué es lo que recibe y se hace cargo del amor?” (p.56). “Cuando la madre quiere al niño, ¿con qué lo hace? Aparte de los canales físicos de comunicación, tengo la impresión de que el amor se expresa a través del “ensueño” (reverie)” (p.58). Entonces, la capacidad de reverie que tenga la madre está conectada con el contenido, ya que se necesitan mutuamente. Esta capacidad puede estar asociada a un contenido de amor o de odio.

La madre le brinda mediante el sistema glandular la leche y el bebé la metaboliza por el aparato digestivo. En el caso de la progenitora, ocurre en algunas situaciones por dificultades emocionales que la leche no logra ser sintetizada. Para el niño, estas

dificultades pueden generar trastornos digestivos. Por lo tanto el niño puede sentir frustración a causa de que una necesidad no fue satisfecha (Bion, 1975).

Si la capacidad de *reverie* no está presente o no está asociada al amor, influirá en el lactante, generando frustración. Un niño que tiene tolerancia a la frustración puede sobrevivir a la ausencia de *reviere*. En cambio, en el caso del chico que no puede tolerar la frustración, no puede sobrevivir psíquicamente, aún teniendo una madre que le puede brindar amor al alimentarlo (Bion, 1975).

3. CONSECUENCIAS PSICOLÓGICAS DEL ABANDONO.

A partir de lo desarrollado anteriormente se reflexionará sobre los posibles efectos del abandono en la estructuración psíquica del niño. Como se dijo a lo largo de este trabajo, durante los primeros años de vida es necesaria la presencia de una figura que cumpla con la función materna, para que el niño logre constituirse como un sujeto de su propio deseo. En el caso del abandono o negligencia, ante la ausencia física y/o emocional, de esta figura se cuestiona qué sucede con el bebé, el cual queda en una situación de vulnerabilidad, además de la que presenta por ser niño.

Algunas de estas consecuencias se desarrollarán en los siguientes apartados.

3.1 Consecuencias a nivel general.

A partir del recorrido bibliográfico acerca de los estudios realizados para entender cómo impacta la negligencia infantil se puede ver que, en el estudio realizado por Erickson, M. F., Egeland, B. y Pianta, R. (citado en Ruiz, I. & Gallardo, J., 2002) el abandono infantil genera mayor cantidad y grado de dificultades entre los cinco y seis años. Algunos de estos problemas estaban relacionados con una disminución del rendimiento cognitivo, ansiedad, distracción y falta de motivación. A su vez este, influye a nivel social, mostrando retraimiento social, falta de sensibilidad y empatía con sus compañeros.

En un proyecto piloto puesto en práctica por Sullivan y Spacer (citado en Ruiz & Gallardo, 2002) se vio que treinta y cinco niños que padecieron negligencia, presentaban conductas de miedo y ansiedad.

Por otra parte, según Barudy (citado en Ruiz & Gallardo, 2002) la tristeza, sentimientos de inferioridad y de inadecuación, baja autoestima y ansiedad crónica van apareciendo lentamente en niños que sufren este tipo de maltrato. O sea que desarrollan cierta inseguridad afectiva ya que tendrían una necesidad de afecto. Esta representa una búsqueda de la seguridad que se ha perdido, vinculada a los primeros momentos con la madre. Lo que podría expresarse de dos formas, una sería la búsqueda de afecto y la segunda a través del rechazo como forma de protegerse por el miedo a otro abandono (Trigueros, A. & Sanz, E., 2001).

La negligencia de los padres también puede generar en el niño baja autoestima, tristeza, ansiedad crónica, depresión e intolerancia a la frustración (Trigueros & Sanz, 2001).

En cuanto a lo que se puede visualizar en un chico que sufre abandono, ocurren agresiones o accidentes, dificultades en el cuidado de sí mismo. También trastornos del comportamiento a causa de las dificultades de relacionamiento como por ejemplo

comportamientos infantiles, pequeños robos, trastornos en la alimentación, toxicomanía o comportamientos psicopáticos (Trigueros & Sanz, 2001). Siendo las conductas delictivas una de las consecuencias a largo plazo, McCord (citado en Ruiz & Gallardo, 2002) investigó que un veinte por ciento de niños que sufrieron este tipo de maltrato cometieron delitos graves. Esto a su vez trae como otra consecuencia el rechazo por sus pares debido a su comportamiento, hiperactividad, así como también por no ser populares y por su personalidad.

Como el abandono emocional influye en todo su desarrollo, también se presentan dificultades en el lenguaje, para relacionarse y también para sobrellevar las presiones que le impone el ambiente (Sanín, 2013). Ruiz & Gallardo (2002) investigaron acerca de niños que presentaron negligencia familiar grave, estos tienen menor adaptación y bajo rendimiento académico con respecto a los que lo sufrieron de forma leve. El bajo nivel de adaptación se debe a que no conocían cómo comportarse en la sociedad para ser aceptados. Estos autores plantean como causa del bajo rendimiento escolar, la falta de preocupación de los padres por la actividad académica de sus hijos, así como también falta de estimulación. Cabe destacar que el nivel intelectual era similar en ambas formas de maltrato, de esta forma se ve que no era lo que influía en el rendimiento escolar.

Muchas veces cuando la madre de un niño es depresiva o presenta alguna discapacidad no puede cuidar a su hijo y desea que este sea el que la cuide, invirtiendo los roles. De esta manera el niño no ha tenido como ejemplo un vínculo afectivo de cuidado para con él, sino que es él el que cuida, y la única manera de protegerse es por sus propios medios. Por lo que sólo establece relaciones donde él es el cuidador. A causa de esto el niño podría tener un deseo latente de amor y cuidados pero con rencor hacia las personas que no se lo brindaron, así como también presenta ansiedad y culpa por sentir dichos deseos (Bowlby, 1986).

Sanín (2013) plantea que el niño pierde muchos derechos y debe aprender a sobrellevar a vivir sin su familia, lo que influirá en su vida adulta, ya que podría haber una dificultad al momento de ser padres y repetir la experiencia del abandono.

Todos estos síntomas se producen a causa de que se tiene una imagen negativa de sí mismo, produciendo una mirada del mundo que le es amenazante e insegura. Por lo que emplearía mecanismos adaptativos para protegerse de esa realidad tormentosa (Trigueros & Sanz, 2001),

3.2 Falso self.

Tomando en cuenta lo desarrollado en el capítulo anterior acerca de lo que Winnicott (1993) considera una madre suficientemente buena, permitiendo que se

desarrolle en el niño el verdadero self, se toma el concepto de la madre que no es lo suficientemente buena.

Una madre no suficientemente buena favorece el desarrollo de un falso self. Ya que la misma desde un principio no reconoce que el bebé tiene posibilidades propias, que este es diferente a sus expectativas (Krecl, 2011). Se podría esperar, cuando la madre no logra ser lo suficientemente buena, que el niño muriera físicamente, pero lo que ocurre es que este vive pero de modo falso (Winnicott, 1993), de esta manera, “se organizaría así un tipo de seudopersonalidad” (Hernández, V., 2013, p,74).

Como expresa Winnicott (citado en Trigueros & Sanz, 2001) el cuidado y sostén materno fundamentalmente en los primeros tiempos son esenciales para el desarrollo del bebé. La madre puede cubrir las necesidades del niño confundiendo con las suyas, ya que puede ser vivido como una prolongación narcisista (Trigueros & Sanz, 2001). Es decir, lo que hace (inconscientemente) es sustituir el gesto que satisfecería al niño por su propio gesto, logrado por la sumisión del niño (siendo esta una de las primeras etapas del *falso self*). En situaciones donde el niño todavía no tuvo la posibilidad de desarrollar el área transicional ni la función simbólica para sobrevivir a la pérdida, la única solución que tiene es someterse al objeto, mimetizándose con sus deseos y decisiones, para convertirse en el niño que su madre quiere, y así no satisfacer sus propios deseos (Hernández, 2013).

Esto corresponde a una intrusión (producida por repetidos fracasos en el sostén materno), de manera que conoce el mundo sin poder elaborarlo por sí mismo. Ante la amenaza de ser aniquilado, en el caso de que aún no se ha desarrollado la representación mental del espacio transicional ni de la función simbólica, percibe que puede perder a su madre, con la cual tiene una dependencia total (Krecl, 2011). Por lo que, organiza sus defensas de forma que se hace cargo de su sostén, identificándose con su madre, esperando la situación sin poder crearla (Hernández, 2013). “Utiliza de modo rígido, perpetuado, una manera de ser desde una fortaleza que puede ser su mente, el cuerpo, el retraimiento y aun la desintegración esquizofrénica en los casos más graves” (Krecl, 2011, p.51).

Es un *falso self* que complace, respondiendo y aceptando las exigencias del ambiente. Por lo que el niño se rodea de relaciones falsas, a través de la introyección que le permite obtener elementos de la realidad. De esta forma se va desarrollando, tomando aspectos de quien sea la figura cercana (madre u otro familiar) (Winnicott, 1993).

El niño aprende así, a poner como funcionamiento defensivo un *falso self* para proteger y ocultar su verdadero self. Cuando se desarrolla este mecanismo, el niño no es espontáneo y se establece como irreal, siendo así cómo lo ven los demás. Sin

embargo éste comienza a tener fallas en las relaciones cercanas, como son las amistades. Esta defensa se puede ver representada a través de una actitud amable y educada (Winnicott, 1993).

El chico vive de una forma que es falsa y a causa de que podría experimentar irritabilidad y perturbaciones en la alimentación, así como en otras funciones, se puede descubrir tempranamente. En ocasiones, cuando hay un grado de escisión importante entre el *verdadero* y el *falso self*, se puede ver poca capacidad para emplear símbolos e inquietud, dificultando el poder concentrarse (Winnicott, 1993).

Podría darse el suicidio como una defensa (desencadenada por el *falso self*) cuando no se obtienen los elementos para proteger al verdadero self y este corre riesgo de destruirse (Winnicott, 1993).

Cuando se desarrolla un falso self en personas con alto nivel intelectual, “la mente experimenta una tendencia fuerte a convertirse en la sede del self falso, en cuyo caso se desarrolla una disociación entre la actividad intelectual y la existencia psicósomática” (Winnicott, 1993, p.187).

Sintetizando, las características principales de un niño que tiene como defensa el *falso self* son, la sumisión y la imitación (Winnicott, 1993). El yo de este niño sería débil o tendría oscilaciones ya que no tuvo el apoyo yoico maternal, por lo que se le dificulta desarrollar sus patrones personales (Winnicott, D., 1995). Si un niño es privado por la figura que le da sostén, puede tener como consecuencia la destrucción de su *verdadero self*, relacionándose con vínculos introyectados que son patógenos para evitar la angustia de desintegración que siente como amenaza (Winnicott, s.f., Correa, T., Blanda, E., Nanclares, J., 2013).

3.3 Complejo de la madre muerta.

Green, A. (1980) conceptualiza el *complejo de la madre muerta* como una imago construida en la psique del hijo a consecuencia de una depresión materna, que transformó brutalmente el objeto vivo, fuente de la vitalidad del hijo, en una figura lejana, átona, cuasi inanimada, que impregna de manera muy honda las investiduras de ciertos sujetos que tenemos en análisis y gravita sobre el destino de su futuro libidinal, objetal y narcisista. La madre muerta es entonces, contra lo que se podría creer, una madre que sigue viva, pero que por así decir está psíquicamente muerta a los ojos del pequeño hijo a quien ella cuida (p.209).

Más que nada, esto se puede vislumbrar a través de la transferencia en un proceso psicoanalítico, donde se reactualiza la depresión infantil experimentada. La persona aparece con síntomas asociados a un fracaso en la vida afectiva o profesional. A

grandes rasgos el paciente presenta impotencia ante la resolución de un conflicto (Green, 1980).

Con respecto a esta situación, la madre por causa de algún duelo se deprime (por ejemplo la pérdida de una persona allegada, o una decepción). Por lo tanto, la madre cae en una tristeza y pierde el interés por su hijo, desinvistiéndolo. Esto genera una pérdida de sentido en el bebé ya que sin nada previo, careciendo de una explicación, pierde el amor de su progenitora (Green, 1980).

Cuando el niño está en la etapa, en la que se incorpora el padre, para cortar con el vínculo madre-hijo y así constituirse como un otro (concepto desarrollado anteriormente), atribuye la pérdida de la madre, a la existencia de un tercero (el padre) y puede interpretar esta nueva investidura debido a la desinvestidura materna. Generando una triangulación precoz y desequilibrada. A su vez, el padre a causa de la depresión materna puede estar preocupado por esta, dejando a un lado al niño, no respondiendo a su padecimiento, por lo que el niño además de padecer de una *madre muerta*, presenta un padre inaccesible (Green, 1980).

Frente a esto, el niño intenta una reparación que no es lograda con su madre (generándole impotencia), sintiendo la pérdida de su madre y por lo tanto de su amor. Por lo cual, ante esta angustia, el niño pondrá en marcha diferentes tipos de defensa. Uno de ellos es desinvertir a la madre como objeto e identificarse (modalidad primaria) inconscientemente con ella (madre muerta). Esta desinvestidura provoca la formación “de un agujero en la trama de las relaciones de objeto con la madre; esto no impide que las investiduras periféricas se mantengan” (Green, 1980, p.217). También puede recurrir (inconscientemente) a la pérdida de sentido, debido a la falta de coherencia entre la culpa que siente el niño y la respuesta materna. Por lo cual el niño deposita en el padre (como ya se dijo anteriormente), la responsabilidad de esta ausencia materna, de forma que se produce una triangulación precoz (madre, padre e hijo), un Edipo precoz.

Una reticencia a amar al objeto, de forma que hay una excitación autoerótica, puede ser otra de las resoluciones ante una *madre muerta*. Generándose una disociación temprana *entre el cuerpo y la psiquis, entre la sensualidad y la ternura, y el bloqueo del amor* (Green, 1980).

Y como una última forma, desarrollar capacidades fantasmáticas e intelectuales del yo. Esto se puede ver, por ejemplo, en la dificultad de pensar en lo que respecta al desarrollo intelectual y a falta de imaginación al jugar. “Esta actividad intelectual sobreinvertida necesariamente lleva consigo una cuota considerable de proyección, [ya que lleva] a la escena de afuera, entonces, lo que debe ser rechazado y abolido

adentro” (Green, 1980, p.219). Por lo que el niño depende del estado de ánimo de la madre, y de esta manera aprende a adivinar o anticipar.

Es decir, “sólo existe el sentimiento de un cautiverio que despoja al yo de él mismo y lo aliena en una figura irrepresentable” (Green, 1980, p.220). Este sufrimiento afecta todas las investiduras, por lo que no le es posible amar ni odiar, gozar ni siquiera de forma masoquista. Esto ocurre ya que la madre muerta lo tiene prisionero, ocupando su yo, de forma que los objetos del sujeto se encuentran en el límite del yo.

3.4 Tendencia Antisocial.

La tendencia antisocial se puede ver en una persona neurótica o psicótica, apareciendo en cualquier momento. En lo que compete a este trabajo me referiré a esta tendencia en niños (Winnicott, D., 1990).

Como ya se nombró en el anterior capítulo acerca de la estructuración psíquica, en las primeras etapas de vida, el niño tiene varios conflictos y desintegraciones potenciales. Por ello es importante que la familia se mantenga estable y le brinde amor y tolerancia para que no sufra por el temor que está viviendo emocionalmente, lo que le permitirá controlarse. Cuando esto no sucede, se vuelve ansioso y comienza a buscar la falta de hogar en el afuera, por ejemplo en otros familiares o en la escuela (Winnicott, 1990).

Se relaciona la privación con la tendencia antisocial. Winnicott (1990) se refiere a un niño privado cuando este no tiene la estimulación necesaria de las personas que lo rodean. A su vez, también, cuando se le quitan las necesidades esenciales de la vida en su hogar. Por lo que el niño se comporta de manera antisocial en el ámbito familiar o en el exterior. Es necesario aclarar que la enfermedad proviene del hecho de que la pérdida ocurrió durante el desarrollo emocional, y este no podía enfrentarlo con madurez.

Varios de estos casos se dan entre el primer y segundo año de vida. Cuando se produce una tendencia antisocial hay una privación de fondo, ya que el niño ha obtenido en su momento algo bueno hasta que se le quitó y de forma prolongada, por lo que no puede mantener la experiencia gratificante en su recuerdo (Winnicott, 1990).

Cuando el niño desarrolla una tendencia antisocial, hay dos posibles caminos: el robo y la destructividad. A través del robo el niño busca algo y al no poder encontrarlo, lo busca en el afuera. Una de sus causas puede ser la búsqueda de su madre y de autoridad paterna (pero él no lo sabe), que establezca un límite a la impulsividad y a la puesta en práctica de las ideas que le surgen cuando está excitado. El niño que no tiene una familia que lo apoye necesita de un control exterior para lograr sentirse bien.

Por lo que busca algo a lo que siente que tiene derecho, de esta manera le hace un pedido a su madre y a su padre, ya que se siente privado de su amor (Winnicott, 1990). Este derecho parte de la idea de que el niño percibe que él creó a su madre, él la inventó y surgió de su capacidad de amar. Busca a esta figura ya que con ella podía tomar cosas, como cuando tenía sus primeros años, únicamente porque es su madre y tiene derechos respecto a ella (Winnicott, D., 1980).

De esta forma el niño actúa sus fantasías que se relacionan con los impulsos primitivos de amor. La madre puede estar presente físicamente y darle amor, pero este siente que algo le falta (Winnicott, 1980).

Continuando con esta idea, Winnicott (1980) expresa que todo niño sano logra lentamente, sentir objetivamente a la madre que él inventó desde un comienzo. Esto ocurre ya que a este proceso de desilusión la madre lo evita. Sin embargo,

al buscar las raíces del robar siempre se encuentra que el ladrón necesita restablecer su relación con el mundo sobre la base de reencontrar a la persona que, debido a su devoción por él, lo comprende y está dispuesta a adaptarse activamente a sus necesidades; de hecho, a darle la ilusión de que el mundo contiene lo que él puede concebir y a permitirle ubicar lo que él concibe precisamente allí donde de hecho hay una persona devota en la realidad "compartida" externa (p.181).

Con respecto a la destructividad, el niño busca estabilidad del medio para escapar a la conducta impulsiva generada por sus conflictos, busca en quien confiar y le libere para moverse, actuar y entusiasmarse. El niño se da cuenta que la falla proviene del ambiente, lo que genera una distorsión de la personalidad y por ello busca la cura en el exterior (Winnicott, 1990).

3.5 Otras consecuencias psicológicas.

El niño comienza a desarrollar su autosostenimiento cuando adquiere la capacidad de crear imagos. Se llama imagos a la capacidad de crear imágenes en el momento en que el Otro se va, para no irse él también, especialmente su cuerpo y de esta manera sobrellevar la espera. Pero cuando esto todavía no se logró, la ausencia del Otro es su destrucción, principalmente en sus primeros años de vida, debido a que aún no generó defensas que le permiten enfrentarlo. Por lo tanto está expuesto "a la pérdida no acotada al objeto" (Zimmerman, 1999, p.935), llamada por Winnicott *depresión psicótica*.

Winnicott (citado en Zimerman, 1999) expone el concepto de “agonías primitivas” ya que el trauma generado en ese momento de la vida, estaría más vinculado a una aniquilación que a la angustia. Incluye en las agonías:

La caída perpetua, desintegración, pérdida de la relación psicosomática, falla de residencia, despersonalización, desorientación, y dan lugar a la psicosis o bien (y esto para mí es lo más importante) a un núcleo esquizoide escindido en una personalidad no psicótica. El núcleo escindido sería, en la estructuración del aparato psíquico, la huella de este proceso: lo perdido más el desencuentro primero (Zimerman, 1999, p.935 - 936).

En el caso de que el niño quede expuesto a la angustia durante un tiempo excesivo le genera un trauma que puede dar lugar a una psicosis. Sin embargo si esta es apaciguada a tiempo, Zimerman (1999) piensa que se transformaría en un núcleo esquizoide.

CONSIDERACIONES FINALES.

A lo largo de todo el trabajo se puede ver como la presencia o ausencia de deseo por parte de los padres con respecto al hijo influye en la estructuración psíquica del niño. Dicho deseo se hace presente a lo largo de todo el desarrollo del mismo. En la gestación, ya que en esta etapa al estar formándose, los cuidados que tenga su madre van a incidir. Como expone Zimmerman (1999), así como la alimentación, también las drogas, y las sustancias hormonales son recibidas por el feto como estímulos. Si la madre no tiene el deseo de tener ese hijo, los cuidados que este necesita no van a ser adecuados. Luego del nacimiento el deseo motivará la satisfacción de las necesidades del niño, (sean emocionales o físicas), así como también, la presencia de la mirada de su madre que le permitirá constituirse como sujeto, es decir, el reconocimiento que el niño requiere. Queda evidenciado así, lo fundamental que es la presencia de alguien que cumpla con la función materna durante el desarrollo de un niño.

Aquí entra en juego el enfoque subjetivista y del discurso del abandono, el cual está relacionado con el deseo de los padres por su hijo (López & Prieto, citado por Sanín, 2013). Ya que la ausencia del deseo influiría en la satisfacción de las necesidades del niño y por lo tanto se podría generar abandono o negligencia.

Continuando con el concepto de negligencia considero oportuno el aporte de Rochet (1998, citado por Sanín, 2013) que vincula la satisfacción de las necesidades con la posibilidad de brindarlas que tienen los padres. De esta forma se puede tener en cuenta la situación económica de los padres que se encargan de la crianza de sus hijos, pero a su vez también considerar aspectos culturales, religiosos, debido a que muchas de las prácticas realizadas para nuestra cultura serían negligentes de acuerdo a los indicadores expuestos por Arruabarrena, J. (1999).

Lo desarrollado en este trabajo lleva a interrogarse como profesional ¿qué se debe hacer por parte de la sociedad y los profesionales cuando se observa que alguno o ambos padres tienen conductas negligentes con su hijo?, ¿cómo se debe proceder?, ¿cómo se puede decidir en qué situación se encuentra mejor el niño?, ¿con los padres que no tienen conductas adecuadas para lo que necesita el chico, o quedando a cargo de otro adulto o en una institución, con la ausencia de estos?

Reflexionando sobre el abandono, vinculándolo a la concepción de duelo se pregunta ¿qué sucede cuando un niño se encuentra en situación de abandono por la pérdida física de uno de sus padres?, ¿las consecuencias son las mismas? Ya que en una situación de abandono físico el niño podría tener la esperanza de encontrar a

estos padres, o preguntarse por qué lo abandonaron. En cambio, en el abandono por la muerte de un progenitor, la pérdida es irreversible.

Por último se quisiera comentar que en el recorrido conceptual realizado varios aspectos no han podido ser tomados por razones de espacio tales como, el Complejo de Edipo y Castración, que también tienen un papel fundamental en la estructuración psíquica, lo cual podría considerarse una limitación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- Altmann de Litvan (2005). Psicoanálisis e investigación. La observación de bebés: un campo de preguntas y desafíos para el psicoanálisis contemporáneo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, N° 100, 412-443.
- Arredondo, V., Knaak, M., Lira G., Silva, A. & Zamora, I. (1998). *Maltrato infantil: Elementos básicos para su comprensión*. Viña del Mar: Paicabi. Recuperado de: http://paicabi.cl/web/wpcontent/uploads/2013/02/maltrato_infantil_onq_paicabi.pdf
- Arruabarrena, J. (1999). *Maltrato a los niños en la familia: evaluación y tratamiento*. Madrid: Ediciones Pirámide. Recuperado de: <http://inau.gub.uy/biblioteca/arruabarrenacorregido.pdf>
- Bion, W.R. (1975). *Aprendiendo de la experiencia*. Bs. As.: Ed Paidós.
- Bleichmar, E. (2005). *Manual de Psicoterapia de la Relación Padres e Hijos*. Buenos Aires: Paidós.
- Bowlby, J. (1986). *Vínculos afectivos: formación, desarrollo y pérdida*. Madrid: Morata.
- Convención de los Derechos del Niño. Naciones Unidas (1988) Nueva York.
- Correa, T., Blanda, E., Nanclares, J. (2013). La Clínica infantil y su expresión simbólica. *V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Buenos Aires: Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires. Recuperado de: <http://www.aacademica.com/000-054/208.pdf>
- Green, A. (1980). La madre muerta. En *Narsisimo de vida, narsisimo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hernández, V. (2013). Algunas reflexiones clínicas a partir de los conceptos de espacio y objetos transicionales y falso self . *Intercanvis* N° 31, 71-78. Recuperado de: http://www.intercanvis.es/pdf/31/art_n31_12.pdf

- Klein, M. (1936). El destete. En *Obras Completas: Amor, culpa y reparación*. Buenos Aires: Paidós.
- Krecl, V. (2011). Aproximaciones a la Metapsicología en la obra de D. W. Winnicott. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*. 7(4), 43-56.
- Moreno, J.M. (2001). Variables que intervienen en el abandono físico o negligencia infantil comparativamente con otros tipos de maltrato infantil (tesis doctoral). Universidad de Extremadura, Facultad de Educación, Badajoz. Recuperado de: dialnet.unirioja.es/descarga/tesis/321.pdf
- Rotenberg, E. (2014). La "función parental verdadero self", base de la integración del Yo. En E. Rotenberg (Ed.), *La parentalidades: interdependencias transformadoras entre padres e hijos*. Montevideo: Lugar Editorial.
- Ruiz, I. & Gallardo, J. (2002). Impacto psicológico de la negligencia familiar (leve versus grave) en un grupo de niños y niñas. *Anales de psicología*, 18(2), 261- 272. Recuperado de: http://www.um.es/analesps/v18/v18_2/05-18_2.pdf
- Sanín, A. (2013). Abandono: estadio en cuestión. *Textos y Sentidos*. Nº 7, 88-117. Recuperado de: <http://biblioteca.ucp.edu.co/OJS/index.php/textosysentidos/article/view/810/770>
- Trigueros, A. & Sanz, E. (2001). Un caso de neurosis de abandono. *Revista de la Sociedad Española de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente*. Nº 31/32, 199-207. Recueprado de: <http://www.sepyrna.com/documentos/articulos/sanz-caso-neurosis-abandono.pdf>
- Ulriksen de Viñar, M. (2005). Construcción de la subjetividad del niño. Algunas pautas para organizar una perspectiva. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. Nº 100, 339-35.
- Winnicott, D. (1956). Preocupación Maternal Primaria. Recuperado de: <http://www.psicoanalisis.org/winnicott/preomapr.htm>

- _____(1980). El impulso a robar. En el niño y el mundo externo (5º Ed.). Buenos Aires: Hormé
- _____(1990). Deprivación y delincuencia. Buenos Aires: Paidós.
- _____(1993). La distorsión del yo en términos de self verdadero y falso. En *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Buenos Aires: Paidós.
- _____(1995).La relación inicial de una madre con su bebé. En “La familia y el desarrollo del individuo”. Buenos Aires: Hormé.
- Zimerman, A. (1999) Acerca del abandono temprano. *Revista de Psicoanálisis* 56(4), 923-939.